

AUTORA *BEST SELLER DE USA TODAY*

# SARAH MORGAN

## Attracción en Nueva York



«Atrayente...  
una experiencia romántica clásica que te hechizará».  
—*Publishers Weekly*

Os presento a Molly: la consultora sentimental más famosa de Nueva York. Se considera una experta en relaciones... siempre que se trate de las relaciones de los demás. Aún afligida por su última ruptura, Molly no tiene prisa por encontrar el amor; el único amor de su vida es su dalmata, Valentín.

Os presento a Daniel: un cínico abogado especializado en divorcios con predisposición a pensar que las relaciones son una mala idea. Cree que si no tienes una relación con nadie, nadie puede hacerte daño. Hasta que se ve pidiendo prestado un perro para poder conocer a una guapísima mujer a la que ve corriendo por Central Park cada mañana...

Molly y Daniel creen que lo saben todo sobre relaciones. Pero mientras intentan, sin lograrlo, resistirse a su innegable química, descubrirán que es posible que tengan mucho que aprender...

Para el Washington Romance Writers, un grupo de gente  
divertida y fabulosa.  
Gracias por invitarme a vuestro retiro.  
Besos

Querido lector,

*Estoy emocionadísima de continuar mi serie Desde Manhattan con amor, ambientada en la ciudad de Nueva York.*

*De niña era una ávida lectora y uno de mis libros favoritos era Ciento un dálmatas, de Dodie Smith. Además de la simpatía y la originalidad del argumento, me encantaba que cada perro tuviera una personalidad definida.*

*A menudo he incluido perros en mis libros (el primero fue Maple, de Magia en la nieve), pero los perros siempre habían desempeñado un pequeño papel secundario hasta que un día, el invierno pasado, me topé con una foto de un dálmata con el hocico en forma de corazón. Supe que tenía que darle un papel central en una novela y supe que tenía que llamarse Valentín.*

*Hay personas a las que les resulta más fácil querer a los perros que a los humanos y ese es el caso de Molly, la protagonista de esta historia. Cuando se trata de dar consejos sobre las relaciones de los demás, es una experta, pero no es tan buena cuando se trata de sus propias relaciones. No se puede imaginar queriendo a alguien más de lo que quiere a su perro, Valentín, pero entonces conoce a Daniel, un sexi abogado. Daniel sabe más sobre declaraciones ante un tribunal que sobre perros, pero hará lo que haga falta por llamar la atención de Molly, incluso aunque eso suponga pedir prestado un perro.*

*Al principio Molly y Daniel parecen tenerlo todo en común, pero a medida que la verdad se va revelando poco a poco, ambos se ven forzados a reexaminar todo lo que creen sobre ellos mismos.*

*Esta es una historia sobre dejar atrás el pasado, pero también es una historia de amistad y de amor (¡tanto humano como perruno!), de familia y comunidad, y se desarrolla sobre el glamuroso telón de fondo de la ciudad de Nueva York. Desde los frondosos caminos de Central Park hasta los relucientes rascacielos, en Nueva York hay algo para todo el mundo y, tal como descubre Molly, a veces la ciudad que nunca duerme puede ser el lugar perfecto para encontrar el amor.*

*¡Espero que disfrutéis del libro y gracias por leerlo!*

*Con cariño, Sarah*

*Besos*

«Algunos de mis mejores coprotagonistas han sido perros y  
caballos».

Elizabeth Taylor

# Capítulo 1

*Querida Aggie, le he comprado a mi novia una cafetera muy cara por su cumpleaños. Primero lloró y después la vendió por eBay. No entiendo a las mujeres.*

*Con cariño,  
Descafeinado*

*Querido Descafeinado, la pregunta importante que te tienes que hacer en cualquier relación es: ¿Qué quiere tu pareja? ¿Qué le hace feliz? Sin conocer todos esos detalles, es imposible saber exactamente por qué lloró tu novia y vendió la cafetera, pero la primera pregunta que se me ocurre es: ¿Tu novia bebe café?*

Molly dejó de escribir y miró hacia la cama.

—¿Estás despierto? Tienes que oír esto. Está claro que es muy cafetero y que el regalo era en realidad para él. ¿Por qué hacen eso los hombres? Qué suerte tengo de tenerte. Aunque si algún día vendieras mi cafetera por eBay, tendría que matarte; pero ese no será el consejo que voy a publicar.

El cuerpo que había tendido en la cama no se movió, aunque tampoco era de extrañar dada la cantidad de ejercicio que habían hecho el día antes. Las horas que habían pasado el uno en compañía del otro la habían dejado empapada en sudor y exhausta. Le dolía el cuerpo y eso era un recordatorio de que, aunque su forma física había mejorado desde que lo conocía, el aguante que tenía él era muy superior al suyo. Su incesante energía era una de las muchas cosas que admiraba de él. Siempre que se veía tentada a saltarse una sesión de ejercicio, solo hacía falta que él

la mirara para que agarrara sus zapatillas de correr. Él era la razón por la que había perdido peso desde que había llegado a Nueva York tres años atrás. Había días en los que se miraba al espejo y apenas se reconocía.

Se la veía más delgada y más tonificada.

Y lo mejor de todo, se la veía feliz.

Si alguien de su vida pasada se la cruzara ahora, probablemente no la reconocería.

Aunque tampoco era muy probable que nadie de su vida pasada fuera a presentarse en su puerta.

Habían pasado tres años. Tres años y por fin había reconstruido su destrozada reputación. Profesionalmente, estaba de nuevo en marcha. ¿Y personalmente? Volvió a mirar a la cama y sintió como algo se suavizaba en su interior. No había imaginado que fuera a volver a acercarse a alguien, y mucho menos a acercarse lo suficiente como para dejarlo entrar en su vida o en su casa y, sobre todo, en su corazón.

Y sin embargo ahí estaba.

Enamorada.

Posó la mirada en las perfectas líneas de su atlético cuerpo antes de volver a centrar la atención en el correo electrónico. Tenía suerte de que tantos hombres tuvieran problemas para comprender a las mujeres. De no ser así, ella no tendría trabajo.

Su blog, *Pregunta a una chica*, atraía muchas visitas y eso, a su vez, había atraído la atención de una editorial. Su primer libro, *Compañero de por vida. Herramientas para conocer a tu compañero de vida perfecto*, había entrado en la lista de superventas tanto en Estados Unidos como en el Reino Unido. Y eso, a su vez, había propiciado un contrato para un segundo libro, todo bajo su seudónimo, «Aggie», que le daba anonimato y seguridad económica. Había convertido su infortunio en una fortuna. Bueno, tal vez no una «fortuna» exactamente, pero sí lo suficiente para permitirle llevar una vida acomodada en la ciudad de Nueva York y no

tener que volver a Londres arrastrándose. Había dejado atrás una vida para pasar a otra nueva, como una serpiente mudando su piel.

Por fin su pasado estaba exactamente donde debía estar. Tras ella. Y tenía la norma de no mirar nunca por el retrovisor.

Feliz, se acomodó más en su sillón favorito y centró la atención en el portátil.

—Bueno, Descafeinado, deja que te muestre en qué te has equivocado.

Comenzó a escribir otra vez.

*Una mujer quiere un hombre que la entienda, y un regalo debería reflejarlo. No se trata del valor que tenga, sino del sentimiento. Elige algo que le demuestre que la conoces y que la escuchas. Elige algo...*

—Y aquí viene la parte importante, Descafeinado, así que presta atención —murmuró para sí.

*... algo que a nadie más se le ocurriría comprarle porque nadie más la conoce como tú. Hazlo y te garantizo que tu novia siempre se acordará de ese cumpleaños. Y se acordará de ti.*

Satisfecha al pensar que si ese hombre seguía su consejo podría tener una oportunidad medio decente de complacer a la mujer que amaba, Molly agarró su vaso de agua filtrada y miró la hora en el portátil. Era la hora de su carrera matutina. Y no tenía ninguna intención de ir sola. Por muy ocupada que estuviera con el trabajo, ese era un rato que siempre pasaban juntos.

Cerró el ordenador, se levantó y se estiró. Al hacerlo, sintió el susurro de la seda rozándole la piel. Había estado escribiendo una hora sin apenas moverse y le dolía el cuello. Aún tenía un montón de consultas requiriendo su atención, pero se ocuparía de ellas más tarde.

Miró por la ventana y vio cómo la oscuridad se disipaba lentamente y la luz del sol la reemplazaba. Por un momento

la vista que tenía ante sí se llenó de vetas doradas y del destello del cristal. Era una ciudad de bordes afilados e imponentes posibilidades cuyo lado más oscuro quedaba enmascarado por el brillo del sol.

Muchas otras ciudades estarían despertando en ese momento, pero esta era la ciudad de Nueva York. No se podía despertar si nunca se había ido a dormir.

Se vistió rápidamente; se cambió el pijama por una camiseta suave, unas mallas de licra y sus zapatillas de correr favoritas, de color morado oscuro. En el último momento agarró una sudadera porque el frescor de las mañanas de principios de primavera en Nueva York aún podía morderte a través de una capa de ropa. Se recogió el pelo en una coleta desaliñada y agarró una botella de agua.

Seguía sin haber ningún movimiento proveniente la cama. Él estaba inmóvil, con los ojos cerrados y con las sábanas enrolladas.

—Hola, guapo —dijo Molly dándole un empujoncito con gesto de diversión—. ¿Al final te dejé agotado ayer? Eso es nuevo —se encontraba en la flor de la vida, estaba en forma y era impactantemente atractivo. Cuando corrían juntos por el parque, la gente los miraba con envidia y Molly rebosaba de orgullo porque los demás podían mirar, pero era ella la que se iba a casa con él.

En este mundo, donde era casi imposible encontrar a la persona adecuada, ella había encontrado a alguien protector, leal y afectuoso, y era todo suyo. En lo más profundo de su corazón sabía que podía confiar en él. Incluso sin votos matrimoniales, sabía que la amaría en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, en lo bueno y en lo malo.

Era afortunada, afortunada, afortunada.

Lo que compartían estaba libre de todo el estrés y las complicaciones que con tanta frecuencia dañaban una relación. Lo que compartían era perfecto.

Con el corazón lleno de amor, lo vio bostezar y estirarse lentamente. Sus ojos oscuros se posaron en los de ella.

—Eres terriblemente guapo y todo lo que he querido siempre en un hombre. ¿Te lo he dicho últimamente?

Él se levantó de la cama, sacudió la cola, listo para la acción, y Molly se puso de rodillas para abrazarlo.

—Buenos días, Valentín. ¿Cómo está hoy el mejor perro del mundo entero?

El dálmata ladró y le lamió la cara. Molly sonrió.

Amanecía otro día en Nueva York y ella ya estaba lista para ponerse en marcha.

—A ver si lo he entendido. ¿Quieres pedir prestado un perro y usarlo para conocer a una chica a la que le gustan los perros? ¿Es que no tienes vergüenza?

—Ninguna —ignorando la desaprobación de su hermana, Daniel se quitó un pelo de perro del traje—. Pero no entiendo qué tiene que ver ese dato con lo que te estoy pidiendo.

Pensó en la chica del parque, con sus piernas infinitas y esa cola de caballo oscura y lustrosa que oscilaba como un péndulo sobre su espalda mientras corría. Estaba prendado de ella desde el primer día que la había visto corriendo, con su perro brincando delante, por uno de los muchos senderos frondosos que atravesaban Central Park como formando una telaraña. Y no había sido solo su pelo lo que le había llamado la atención, ni tampoco esas piernas increíbles, sino ese aire de seguridad en sí misma. Daniel se sentía atraído por ese rasgo y esa mujer parecía estar agarrando a la vida por el cuello y estrangulándola.

Siempre había disfrutado saliendo a correr por las mañanas, pero últimamente esa rutina había adquirido una nueva dimensión. Había empezado a calcular sus salidas para que coincidieran con las de ella aunque eso le supusiera llegar a la oficina un poco más tarde. Sin embargo, a

pesar de esos sacrificios que estaba haciendo, hasta el momento ella ni siquiera se había fijado en él. ¿Le sorprendía? Sí. En lo que respectaba a las mujeres, nunca había tenido que esforzarse demasiado. Las mujeres solían fijarse en él. Sin embargo, la chica del parque parecía más preocupada por correr y por su perro, y esa situación lo había llevado a tomar la decisión de esforzarse aún más y recurrir a su lado creativo.

Pero primero tenía que consultarlo con una de sus hermanas y, hasta el momento, la cosa no pintaba bien. Había tenido la esperanza de poder hablar con Harriet, pero había tenido que conformarse con Fliss, que era mucho más dura de convencer.

Estrechando la mirada, Fliss se plantó delante de él y se cruzó de brazos.

—¿En serio? ¿Vas a fingir que tienes un perro para ligarte a una mujer? ¿No te parece que eso es provocar una situación demasiado artificial? ¿No te parece deshonesto?

—No es deshonesto. No voy a hacerme pasar por el dueño. Simplemente voy a sacar a pasear a un perro.

—Para lo cual se requiere sentir amor por los animales.

—No tengo ningún problema con los animales. ¿Debo recordarte que fui yo quien rescató a aquel animal de Harlem el mes pasado? La verdad es que me iría bien ese perro. Voy a pedirlo prestado —la puerta se abrió y Daniel se estremeció cuando un enérgico labrador entró corriendo en la habitación. No tenía ningún problema con los animales a menos que se arrimaran demasiado a su traje favorito—. ¿No me irá a saltar encima este perro, verdad?

—Y eso lo dices porque adoras a los perros, ¿a que sí?

—Fliss agarró al perro por el collar con firmeza—. Es Poppy. Harriet la tiene acogida en casa. Fíjate en que he dicho «la». Es una chica, Dan.

—Eso explica por qué me encuentra irresistible —conteniendo la risa, bajó la mano y le acarició las orejas—. Hola,

preciosa. ¿Te apetecería dar un paseo romántico por el parque? Podemos ver el amanecer.

—No quiere ni un paseo por el parque ni ninguna otra cosa. No eres su tipo. Ha sufrido mucho y se pone nerviosa cuando está con gente, sobre todo con hombres.

—Se me dan bien las mujeres nerviosas. Pero si no soy su tipo, entonces dile que no suelte pelos en mi traje. Y menos pelos rubios. Tengo que estar en el juzgado en un par de horas para un alegato final —notó el teléfono vibrar, lo sacó y miró el mensaje—. El deber me llama. Tengo que irme.

—Creía que te quedabas a desayunar. Hace siglos que no te vemos.

—He estado ocupado. Medio Manhattan ha decidido divorciarse, o eso parece. Bueno, entonces, ¿me tendrás un perro preparado mañana a las seis de la mañana?

—Que una mujer salga a correr sola no significa que esté soltera. A lo mejor está casada.

—Está soltera.

—¿Y? —preguntó Fliss con gesto serio—. Que esté soltera no significa que quiera tener una relación. Me pone enferma que los hombres deis por hecho que una mujer soltera está soltera solo porque está esperando a un hombre. ¡No seáis tan engreídos!

Daniel miró detenidamente a su hermana.

—¿Con qué pie te has levantado hoy de la cama?

—Me puedo levantar con el pie que quiera y de la cama que quiera. Estoy soltera.

—Préstame un perro, Fliss. Y no me des uno pequeño. Tiene que tener un tamaño razonable.

—Y yo que creía que te sientes seguro con tu masculinidad. Con lo grande y machote que eres. Te da miedo que te vean con un perro pequeño, ¿verdad?

—No —dijo Daniel sin levantar la mirada mientras escribía la respuesta al mensaje—. La mujer en la que estoy interesado tiene un perro grande, así que necesito uno que

pueda seguir el ritmo. No quiero tener que llevar al animal en brazos mientras corro. Incluso tú tienes que admitir que quedaría ridículo; eso sin mencionar lo incómodo que resultaría para el perro.

—¡Oh, por...! ¡Deja de mirar al teléfono! Te voy a dar un consejo, Dan. Si vas a pedirme un favor, al menos préstame un poco de atención mientras lo haces. Sería una señal de amor y de afecto.

—Eres mi hermana. Me ocupo de todos tus asuntos legales y nunca te cobro. Ese es mi modo de demostrar amor y afecto —respondió otro correo—. Deja de exagerar. Lo único que quiero es un perro gracioso; uno que haga que una mujer se pare en seco y lo mire con ojitos tiernos. Del resto ya me encargo yo.

—Pero si ni siquiera te gustan los perros.

Daniel frunció el ceño, pensativo. ¿Le gustaban los perros? No era algo que se hubiera preguntado nunca. Un perro era una complicación y él solía mantener su vida libre de complicaciones.

—Que no tenga un perro no significa que no me gusten. No tengo tiempo para un perro, nada más.

—Eso es una excusa. Mucha gente trabajadora tiene perro. Si no los tuvieran, Harriet y yo nos quedaríamos sin negocio. The Bark Rangers está facturando...

—Sé lo que facturáis. Puedo deciros cada número de la hoja de balance de vuestra empresa. Ese es mi trabajo.

—Eres abogado de divorcios.

—Pero estoy al tanto del negocio de mis hermanas. ¿Sabes por qué? Porque es una muestra de mi amor y de mi afecto. ¿Sabes cómo? Porque trabajo cien horas a la semana. No es vida para un humano, y mucho menos es vida para un perro. Además, te recuerdo que el crecimiento tan espectacular de vuestra facturación es el resultado de vuestra nueva relación con esa prometedora empresa de servicios, Genio Urbano, y esa asociación la promoví yo a través de mi amigo Matt. De nada.

—A veces eres tan engreído que me entran ganas de darte un puñetazo.

Daniel sonrió, pero no levantó la mirada.

—Bueno, ¿me vas a ayudar o no? Si no, le preguntaré a Harry. Ya sabes que dirá que sí.

—Yo soy Harry.

Por fin Daniel levantó la mirada. Miró a su hermana fijamente mientras se preguntaba si había cometido un error. Después sacudió la cabeza.

—No, eres Fliss.

Era una broma que las gemelas le habían gastado cientos de veces cuando eran pequeños. «¿Qué gemela soy?».

Su tasa de aciertos era del cien por cien. Todavía no habían logrado engañarlo nunca.

Ella bajó los hombros.

—¿Cómo lo haces?

—¿Distinguiros? Aparte del hecho de que eres más áspera que un armadillo, soy vuestro hermano mayor. He practicado mucho. Llevo haciéndolo veintiocho años. No me habéis podido engañar todavía.

—Algún día lo haremos.

—Eso no pasará. Si de verdad quieres hacerte pasar por Harriet, tienes que aplacarte. Prueba a ser un poco más dulce. Incluso en la cuna eras tú la que siempre estaba chillando.

—¿Más dulce? —el tono de Fliss adoptó un matiz peligroso—. ¿Me estás diciendo que sea dulce? ¿Qué clase de comentario sexista es ese, sobre todo cuando sabemos que ser «dulce» no te lleva a ninguna parte?

—No es sexista, y no te estoy diciendo que seas dulce. Solo te estoy aconsejando sobre cómo podrías llegar a convencer a algún pobre tonto de que eres Harriet. Y ese pobre tonto no soy yo, por cierto, así que no malgastes tu tiempo —levantó la mirada cuando la puerta se abrió.

—El desayuno está listo. He preparado tu favorito. Tortitas con beicon crujiente.